

El chiquito que necesitaba un analista desesperadamente

Rodrigo (23 años)

¹ La historia de Rodrigo, en versiones que ponían el acento en otros aspectos, fue presentada para su discusión en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis (SAP), en agosto de 2011, y en CPSEA, en mayo de 2012.

I. Rodrigo

La ilusión de España había quedado atrás; después de un año sabático, o de búsquedas, como él dice, Rodrigo había emprendido el regreso con sensaciones contradictorias: no le había ido mal, pero tampoco había encontrado lo que quería; por otra parte, estaba contento de sentirse otra vez en casa, en familia, en Buenos Aires.

Aquí casi todo estaba igual, pero también un poco distinto. Alejandro, su hermano mayor, por ejemplo, se sentía muy contento con haber empezado terapia y hasta lo había convencido al padre, siempre tan duro, de que él también se analizara. Tal vez por eso en la casa se respiraba un aire diferente y Rodrigo se sintió animado a empezar análisis. Además, como se suele decir, no quedaba otra, porque así tan inseguro, indefinido, atormentado, no quería seguir: ¡Ya tenía 23 años!

Cuando por fin llegó a la entrevista, parecía que quería ir metiéndose de a poco, pero sin darse cuenta, al ratito ya estaba contando lo que más lo ha marcado en la vida: su mamá, sorpresivamente, murió unos meses después de que él naciera.

Había empezado por confesar una verdad profunda: en el fondo, él es un niño huérfano, tal vez un poco más que el resto de los mortales.

Cuando nació ya tenía un hermano, Alejandro, y los dos quedaron integrados en la gran familia patriarcal de los abuelos paternos, con los dos tíos y los seis primos y primas. El padre, en su desolación, hizo lo que pudo, y la desgracia quedó medio tapada cuando comenzó a salir con Lucrecia y al año y medio de enviudar se casó otra vez. Ella se ensambló bien con los dos hijos de su marido y a su vez tuvo dos hijos más. De

modo que la orfandad fue para Rodrigo algo que dejó pocas huellas... visibles.

Parece una historia vivida sin sobresaltos. Él la cuenta con bastante naturalidad, sin exagerado dramatismo. ¿Qué tiene de raro?: es la historia de su vida, la que a él lo acompaña desde siempre. Tiene que pensarlo dos veces para darse cuenta de que es una historia dramática.

Ahora ya todos son grandes y se llevan bastante bien. Alejandro y varios primos trabajan en las empresas navales de la familia, gerenciadas actualmente por el padre de Rodrigo, bastante autoritario y de humor cambiante. También Lucrecia y las chicas, que no llegan a los 20 años, hacen algo en relación con las empresas familiares, aunque sin mucho compromiso. Suelen protestar contra el padre y gerente, pero en gran medida se aprovechan de que él se sienta fuerte, dando y quitando según su humor del momento. Rodrigo, para diferenciarse y ser independiente, realizó varios trabajos en el mundo de la publicidad y estuvo probando un año en España.

Me contaba estas cosas sin apuro, pero también sin entrar en detalles. Ya había transcurrido más de media hora y no quería que se pasara la entrevista sin plantear lo que más le preocupaba. Al principio sólo lo pudo sugerir de manera ambigua; algo así como que él quería el tratamiento para definir su identidad, sin explicitar del todo que se trataba de su identidad sexual. Nunca había tenido novia ni tampoco relaciones sexuales. Ni con una mujer ni con un hombre. Solo juegos masturbatorios con varones, generalmente desconocidos.

—Cuando le conté esto a mi hermano Alejandro, me dijo que me analizara. En cambio mis amigos Juan y Betina me dijeron que me asuma y me anime a vivir lo que siento. Pero yo no

siento que eso me guste. A un conocido mío, el psicólogo le dijo eso, que se asuma como gay. ¿Vos que pensás?

La pregunta era directa, pero evidentemente no esperaba una respuesta. Me quedé con la impresión de que a Rodrigo lo alivió mi actitud expectante. Su mayor temor era que le pusiera un rótulo imborrable. No quería ser encasillado como homosexual, al contrario, tenía ilusiones de que la terapia le sirviera para poder formar una familia.

2. La *fiaca*

Casi todos los pacientes que hoy nos consultan imaginan tratamientos de una hora semanal. Pero Rodrigo quiso hacer un tratamiento de tres sesiones semanales. Durante mucho tiempo no faltó nunca y cuando alguna de sus horas coincidió con un feriado, procuró que igual lo atendiera o que le cambiara el día.

Desde el comienzo me llamó la atención una expresión que Rodrigo repetía con mucha frecuencia, sobre todo al inicio y al final de cada sesión. Sentado en el diván y moviéndose bastante, solía decir que “le daba mucha *fiaca*” comenzar otra vez a contar, o que “le daba mucha *fiaca*” meterse con tal o cual tema, etc.

En una ocasión en que repetía que le daba *fiaca* ir a ver a un amigo, salir de su casa o tener que ir a hacer un trabajo, me vino la imagen: lo vi como un nene un poco tímido, en pijama, protegido por el calor del hogar, que de pronto se ve obligado a disfrazarse de grande para salir a un mundo un poco extraño y hostil.

En esa y en otras ocasiones le dije que sí, que realmente me imaginaba que le daba *fiaca* tener que salir al “mundo frío y

lleno de peligros”, llevando al chico que él es, oculto dentro de un disfraz de adulto. Y que al final de las sesiones, le costaba irse porque estaba cómodo en el diálogo.

La imagen de una especie de armazón de hombre adulto adentro del cual viajaba y andaba por el mundo el pequeño Rodrigo se fue reiterando, y naturalmente terminó configurando el *proyecto terapéutico* con él: ayudarlo en la tarea de hacer coincidir lo más posible a ese Rodriguito auténtico – endeble, frágil, asustado– con el Rodrigo al que, nosotros y él mismo, vemos como un joven apuesto que camina por la vida con ropaje de adulto.

La hipótesis de los dos Rodrigos fue encontrando corroboración clínica. Un día me contó que él no era bueno para el fútbol, que nunca le había gustado, y que vivía aterrado por la crítica del padre, que le decía que era malo, que era un “tronco”, que no sabía nada. Sin embargo, él no podía negarse a jugar y se sentía obligado a participar en los torneos del club o del colegio, siempre temiendo los comentarios descalificadores de su papá. Se recuerda a sí mismo jugando de defensor, a un costado, tratando de participar lo menos posible, diciéndole al arquero: “No me la des a mí, no me la des a mí, tirala para adelante”; como si dentro de él alcanzara a expresarse una voz auténtica, la del chico asustado que no se anima a decirle al papá que no quiere ir a jugar.

Unos días después de haber escrito una primera versión de estas carillas, me sorprendió otra corroboración: las había escrito un sábado por la tarde, con el propósito de pedirle una opinión a la Dra. Ana María Rizzuto², quien había diserta-

² La Dra. Ana María Rizzuto es una prestigiosa psicoanalista nacida en la Argentina pero radicada, por ese entonces, en Estados Unidos. Miembro

do hacía unos días en la Sociedad Argentina de Psicoanálisis y me había hecho pensar en los dos Rodrigos.

A mí me había alegrado sentir la necesidad de escribir acerca de él. Pensé que escribiendo me metía más en su historia, y que era tanto lo que él ponía de sí que se merecía que yo le dedicase lo mejor de mí. La cuestión es que, en la sesión del lunes siguiente, me contó que en el fin de semana había estado un rato medio aburrido tirado en la cama y que se le había venido una imagen.

—¿Te acordás —me dice— lo que hablamos una vez de mi viejo gritándome al costado de la cancha, y que yo tengo un chiquito asustado adentro de un disfraz de grande? Bueno, en un momento tirado en la cama me vi a mí mismo chiquito, jugando al fútbol y mi viejo mirándome. Y yo ahora, más grande, hablándole a mi viejo y diciéndole: “Si sólo le hubieras gritado un poco menos... ¿no ves que es chiquito, que se asusta?”

Su relato me sorprendió y me alegró. Me pareció una confirmación de la hipótesis que me había planteado el sábado al escribir acerca de él. Uno no sabe si estas cosas ocurren por casualidad o hay algún tipo de comunicación inconsciente, pero yo tomé su relato casi como un regalo.

Con este nuevo material completé el mail para la Dra. Rizzuto y su respuesta muy completa traía una conclusión conmovedora:

“... Yo leo esto como un mensaje y un pedido para Ud.: que

titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) y autora de varios libros, disertó en SAP sobre “La transformación del sujeto por la palabra hablada”. Su exposición y el posterior debate se publican en Aperturas Psicoanalíticas N.º 22 el 05/04/2006 (<http://www.aperturas.org/autores.php?a=Rizzuto-Ana-Maria>).

tenga mucho cuidado, que por ninguna razón se olvide de que en este joven hombre hay un chiquito tembloroso y asustado que podría ser ignorado. El hombre necesita al analista, pero el chiquito lo necesita desesperadamente”.

3. La orfandad y el bicho

Uno de los principales temas del trabajo con Rodrigo fue lo que significó para él la pérdida prematura de su mamá y las huellas que dejó: aparecieron recuerdos, sintió ganas de averiguar sobre historias familiares, habló con su hermano Alejandro sobre hechos nunca mencionados y fueron a reencontrarse con parientes maternos con quienes estaban distanciados.

Suturar las heridas de una orfandad tan temprana es una tarea muy difícil de realizar y tal vez imposible de contar. Uno sabe, además, que hay un fondo de dolor y desamparo —que en cierta medida forma parte de la condición humana— en el que se cae cuando algo de la vida roza las heridas de un pasado tan cruel. Por eso, de tanto en tanto, cuando la tristeza insondable retorna a la superficie, damos una nueva puntada en los bordes de una herida que posiblemente nunca termine de cerrar.

Otra gran tarea fue ir puliendo la relación ruda que Rodrigo tuvo y tiene con su padre: un hombre al que lo sabe afectuoso, pero al que también lo siente invasivo y autoritario. Frente a él muchas veces se inhibe, se apichona, se frena. Se imagina que siempre va a depender económicamente de él y que nunca tendrá las capacidades que él tiene.

Rodrigo se fue dando cuenta de que sus autocríticas, que parecían lógicas y justificadas, eran trampas crueles, como si un bicho le habitara la cabeza y terminara siempre, como se

dice, carcomiéndole el seso para hacerlo sentir mal, culpable, incapaz, cobarde o maricón.

Fue comprendiendo por qué, cuando su padre, con el pulgar levantado o con una palmada en la espalda, le dice: “¡Eh, Rodrigus!”, a él le queda ese regusto de amargura. Ahora entiende que ese supuesto estímulo afectuoso, traducido a un lenguaje de palabras, quiere decir algo así como “estimulemos a este debilucho, a ver si, pobrecito, logra algo”.

Cada vez más entiende que sus autoexigencias no son voces internas estimulantes, sino destructivas, que lo hacen sentirse menos de lo que él es o puede. Voces crueles, retorcidas, capaces de presentarle como negativos aun los aspectos más positivos de su interior. Cada vez se da más cuenta de que, lejos ya de las canchas del fútbol infantil, igual lo persigue la voz que le dice que es un “tronco” o un inútil para llevar adelante cualquier cosa que quiera emprender.

4. En el camino

Como es lógico, el tema que más lo preocupaba a Rodrigo –su sexualidad, su identidad sexual– fue apareciendo directa o indirectamente en muchísimas sesiones.

Sus relatos mostraban una vida sexual muy inmadura. En su adolescencia estuvo enamorado de una diosa inalcanzable, a quien idolatró a la distancia; pero, en lo concreto, sus descargas físicas fueron a través de encuentros masturbatorios brevísimos con varones, en baños, autos y, ocasionalmente, en boliches gay a los que a veces iba.

Pero si algo lo marcó desde la adolescencia fue la historia con Fermín. Fermín era un compañero del colegio al que Rodrigo admiró desde los 15 años, hasta, digamos, el comien-

zo del tratamiento. Todo ese tiempo, fue su modelo, su ideal en todo. Sentía que si llegaba a ser como Fermín, el padre iba a estar orgulloso de él. Pero también se sentía como enamorado de Fermín, se desesperaba por estar cerca de él, por recibir un llamado suyo, una respuesta a sus mensajes.³

Como bien sabemos los psicoanalistas, las historias se repiten, se *transfieren*; por eso, como no podía ser de otro modo, Rodrigo sentía que Fermín era igual que su papá y que también él lo hacía sufrir: se hacía admirar y desear, demoraba sus respuestas, buscaba ser idealizado y tomaba actitudes despectivas. Rodrigo no terminaba de sentirse bien, siempre estaba un poco en falta, con un sentimiento borroso de culpa, y otra vez con el regusto amargo.

Paralelamente al comienzo del tratamiento, Rodrigo se acercó a un primo lejano que era sacerdote en una parroquia de un barrio muy pobre, y se fue integrando a un grupo juvenil de reflexión y servicio social. Su compromiso fue en aumento y el trabajo de asistencia a gente necesitada le daba una satisfacción especial. Además se fue haciendo de nuevos amigos y amigas y logró una nueva pertenencia.

Con el correr del tiempo y en parte por la participación en ese grupo, la mujer fue ocupando poco a poco un lugar

³ El psicoanálisis ha descrito con claridad la diferencia entre el “objeto modelo” y el “objeto de amor”. El niño quiere ser como su padre, lo toma por modelo, pero no quiere casarse con él. Al contrario, quiere ser como su padre para casarse con su madre, su objeto de amor. En el caso de Rodrigo, yo diría que el modelo y el objeto de amor se confunden en una sola persona, y esta fusión podría ser una de las claves del drama de Rodrigo. Pero en esta ocasión no me es posible enfocar el relato desde esta perspectiva ya que son otros los aspectos sobre los que quiero centrar esta historia.

mayor en su vida cotidiana. En una época se acercó mucho a una cantante muy bonita y de éxito mediático. Se ve que ella lo necesitaba como amigo pero no pensaba llegar más allá.

Cuando ese vínculo perdió importancia, comenzó a encontrarse con Anita, una chica lindísima, físicamente perfecta —decía él—, que por provenir de un círculo religioso no le exigía avanzar en lo sexual. Llegaron a ponerse de novios y a tener contactos íntimos excitantes, pero sin llegar a tener relaciones completas. Siempre temeroso de no “calentarse” lo suficiente, cuando Rodrigo estaba demasiado pendiente de sí mismo era cuando menos lo lograba. Pero la principal dificultad con Anita eran los desencuentros de humor. Se hundían en discusiones incomprensibles y tenían acercamientos y enfriamientos que para Rodrigo eran inmanejables. Un nuevo motivo para que “el bicho” le carcomiera el seso.

Pero Anita dejó su huella, porque mientras salía con ella, se le ocurrió dejar sus trabajos en publicidad y ponerse a estudiar administración portuaria, soñando con trabajar en la empresa de la familia, tal vez en la casa de la costa donde había pasado tantas vacaciones. La relación con Anita terminó, pero su cambio de orientación laboral se consolidó totalmente.

5. El pasaje por el infierno

Rodrigo estaba contento. Tenía nuevos amigos con quienes compartía un ideal. Estaba estudiando y tenía un proyecto laboral viable. Se relacionaba diferente con las mujeres. La historia con Fermín ya no lo torturaba... No dejaba de tener días de angustia, tristeza y *fíaca*, pero los podía entender como parte normal de la vida.

Lo que no podía entender y lo angustiaba mucho era que

no había cambiado nada en cuanto a sus compulsiones. Poco a poco me fue contando lo mal que se sentía cuando perdía el control de sí mismo y compulsivamente hacía cosas que lo avergonzaban y hasta llegaban a darle miedo.

Lo más leve eran las masturbaciones. Mirando videos homo o heterosexuales y se masturbaba tan compulsivamente que llegaba a lastimarse el pene. Más angustiado quedaba cuando buscaba encuentros masturbatorios, en este caso siempre con varones. A veces programaba el encuentro, pero faltaba a la cita a último momento. Otras, eyaculaba a los pocos segundos y episodio concluido; y otras, con o sin descarga genital, para su propia sorpresa, entablaba un diálogo amistoso con el compañero circunstancial, se interesaba por su vida, intercambiaban sobre cosas no superficiales y llegaban a pasar más de un día juntos. En este caso, pasados los primeros momentos, la vivencia dejaba de ser compulsiva, se convertía en un diálogo bastante normal y entonces no se quedaba mal consigo mismo.

Los ataques compulsivos podían sorprenderlo en cualquier momento, después de haber estado todo el día haciendo trabajo social, a la tarde cuando volvía de la facultad, o incluso al levantarse a la mañana de un día cualquiera.

Los peores eran los que le agarraban algunas noches después de haber salido con amigos o con alguna chica. En el regreso a casa, a las madrugadas, Rodrigo no podía evitar la compulsión irrefrenable a dar una vuelta por un boliche bastante sórdido, en el que había una zona casi a oscuras para intercambios sexuales colectivos de todo tipo. Mitad perseguido, mitad excitado, deambulaba un rato entre gente semidesnuda, a veces mirando, otras tocando o dejándose tocar. Sin géneros diferenciados ni rostro alguno reconocible, en ese submundo de sexo bizarro y denigrado no entraba en juego la homo o la heterosexualidad.

Salía mucho más desolado de lo que había entrado. Era consciente de que se ponía en riesgo y sabía cómo iba a terminar. Pero evidentemente no era dueño de su voluntad. Él no manejaba los resortes que lo empujaban hacia ese infierno interior. Con toda razón, García Badaracco llamó “demonios de la mente” a esos impulsos indomables que, de a ratos, toman posesión del hombre sufriente y lo empujan a conductas que realmente parecen demoníacas.

Quien se entrega entero en un tratamiento necesita tomarse su tiempo para poder hablar en detalle de los temas que más lo avergüenzan y lo asustan. Cuando puede hablar es porque ya hay mucha confianza, pero para llegar realmente al fondo es necesario algo más. Tiene que sentirse seguro de que lo vamos a escuchar sin censura y de que no tenemos miedo, justamente porque él sí se censura y tiene mucho miedo. No sabe cómo es que le pasan esas cosas y tiene terror de no salir nunca de ese abismo.

Nosotros, si queremos entender, tenemos que aguzar al máximo nuestro oído y nuestra sensibilidad para descubrir lo que siente un paciente antes, durante y después de su paso por el infierno de sufrimiento tan temido. Porque es a partir de conocer esas vivencias que podemos vislumbrar cómo surgen esos impulsos indomables y contrarios a la voluntad consciente.⁴

⁴ Al elegir el psicoanálisis como método terapéutico uno se separa de los caminos habituales. Y cuando se llega a honduras como estas, se da cuenta de dónde radica la diferencia entre la psicoterapia basada en el psicoanálisis y las otras formas de psicoterapia. Hasta el borde estos abismos, el apoyo, el acompañamiento afectuoso, la psicoterapia basada en los sistemas comunicacionales, las programaciones neurolingüísticas o las propuestas cognitivo-conductuales pueden ofrecer respuestas y obtener buenos resultados. Pero

En el caso de Rodrigo, pude ver con bastante claridad que esas compulsiones se ponían en marcha cuando Rodrigo entraba en estados de desolación profunda, de abatimiento sin esperanza. Muchas veces él podía percibir y tolerar la tristeza y la desolación. Pero cuando su abatimiento se hacía insoportable, aun antes de percibirlo del todo, le venía ese impulso arrollador que lo catapultaba a hacer “cualquier cosa”. Un ejemplo.

—Ayer lunes casi terminé otra vez en cualquiera. Me da no sé qué contarte. Venía del fin de semana de convivencia con el grupo de la parroquia, habíamos ido a Lobos y yo volvía recontento porque habían sido tres días recopados. Me trajo Anita y me dejó a las 10 de la mañana a una cuadra de mi casa. De golpe la veo yéndose en el auto y ¡me agarró una de esas tristezas que me agarran a mí! Pensé: qué ganas de irme con ella, qué ganas de volver a eso, qué boludo que fui que la desperdiicé.

Cuando me quedé solo y me di cuenta de que en casa no iba a haber nadie y yo no iba a tener nada para hacer, el bajón fue peor... fue durísimo. Llegué y me tiré en el sillón así, re triste, reenojado. Casi terminé otra vez en cualquiera, llamando a alguien...

A manera de un mal menor, buscó desesperado un video porno y se masturbó compulsivamente hasta quedar agotado. Como siempre, terminó más desolado y sin saber a dónde huir para ocultarse de sí mismo.

para descender con el paciente hasta el fondo de esos infiernos sin nombre, creo que el psicoanálisis tiene herramientas que yo al menos no he visto en otros métodos. Además está decir que tener las herramientas no garantiza el éxito, pero si no las tenemos es seguro que vamos a poder hacer muy poco.

Después de hechos como este, como sucede con los que sufren adicciones, la autocrítica feroz hacía difícil la introspección. Yo tenía que poner todo mi empeño para que pudiera mirar más allá de la vergüenza y la culpa y ver dentro de sí, dentro de ese hombre poseído por impulsos sin control, al niño sin consuelo, abatido y culposo que se desespera por sobrevivir a la devastación interior. Fueron los momentos en que más resonaban las palabras de la Dra. Rizzuto: “Nunca se olvide de que allí hay un chico que necesita al analista desesperadamente”.

6. Anatomía de un sentimiento complejo

“Toda vida es un pozo de soledad que va ahondándose con los años”, le hace decir Juan José Saer al viejo protagonista de su novela *El entenado*.⁵

No hace falta ser huérfano para conocer la pena de la orfandad. Y seguramente el abatimiento del que vengo hablando se entreteje con esa soledad que compartimos los humanos.

Pero para llegar al abatimiento sin esperanza que vi en Rodrigo y en otros pacientes no basta con la desolación y la orfandad. Hace falta además que a ellas se le sumen primero los sentimientos de culpa, y después los de autodenigración. La secuencia completa hunde a la persona en un sentimiento oscuro que puesto en palabras se expresaría diciendo “me siento mal, estoy solo y triste... y es por culpa mía, porque no sirvo para nada; es lógico que nadie me quiera, porque soy realmente una porquería”.

⁵ Juan José Saer (1982), *El entenado*, Grupo Editorial Planeta (Booket), Buenos Aires, 2005, pág. 44.

Este cóctel de tristeza, culpa y autodenigración conforma una trampa emocional que se vuelve insoportable. El que alguna vez cayó en esa vivencia va a hacer todo lo que esté a su alcance para no volver a caer. Por eso, en cuanto asoma el abatimiento, lo más frecuente es que surja el impulso irrefrenable a hacer algo, cualquier cosa, cada uno elige qué según su propia historia, con tal de evitar la penuria sin salida.

Como toda la secuencia que describimos es muy poco consciente, lo que aparece en la superficie son las acciones dañinas e incomprensibles. Para nada parecen defensas contra el dolor psíquico, porque el dolor casi no se registró. Por eso son acciones que se viven como provenientes de los “demonios de la mente” que, sin aviso ni motivo, toman posesión del hombre y hacen lo que quieren.

El consumo de drogas, la violencia hacia personas queridas, el quemarse con cigarrillos o producirse cortes en el cuerpo son ejemplos de estas conductas desesperadas. Otras, más sutiles pero no menos graves, pasan como reacciones normales pero pueden ser acciones verdaderamente dañinas para uno mismo o para los demás cuyo único fin era el de evitar la caída en el abatimiento insoportable.

7. Cuando el sufrimiento vuelve

Con Rodrigo, el proceso de atravesar su infierno de dolor se fue cumpliendo bastante bien. Tengo la impresión de que en este aspecto lo peor ya pasó. Tuvimos que toparnos muchas veces con sus demonios. Y probablemente vuelvan, pero ya tenemos un camino hecho y una razonable confianza para mantener la serenidad.

Todo lleva su tiempo, y en este caso, al final, se ve la increí-

ble paradoja: amigarnos con los demonios nos saca del infierno. Es contraproducente pretender expulsarlos del alma, disociarlos, rechazarlos, negarlos o exorcizarlos como fuente de todo mal. Nada de eso sirve. Condenados a las tinieblas, los fantasmas demoníacos crecen; convocados a la luz, interrogados y escuchados, finalmente se atemperan.⁶

Hablar de los demonios de esta manera es muy gráfico y vivencial, pero puede dar lugar a confusiones. Los demonios no son espíritus que andan adentro nuestro o sueltos por el mundo y un día se despiertan y atacan. Increíblemente, los llamados demonios son recursos psíquicos internos que se ponen en marcha como defensas desesperadas frente a sentimientos insoportables. El peligro no es que vuelvan. El peligro es que cuando vuelva el abatimiento sin esperanza, por ejemplo, no seamos capaces de tolerarlo. Si nos hemos fortalecido lo suficiente para soportar el dolor y lo podemos ir asimilando hasta que amaine, no va a hacer falta recurrir a defensas que causan mucho más daño que beneficios.

Sabemos que siempre puede haber dolores más fuertes que nuestra capacidad de asimilación. Por eso, reconociendo la vulnerabilidad, decimos que tal vez la amenaza nunca desaparezca, que es prudente saber que esos demonios están allí, a una distancia apenas manejable. Y la experiencia muestra que es conveniente estar dispuestos al diálogo. A lo mejor solo así, a pesar de ellos, sea posible construir una vida relativamente libre, al amparo de sus apariciones inesperadas.

⁶ Creo que el psicoanálisis no puede ser acusado de ingenuidad. Por el contrario, al enfrentarse con fuerzas indomables que nos enfrentan con los límites de lo posible ha sabido describirlas muy bien. Están más allá del principio de placer, obedecen a la compulsión de repetición, son, ni más ni menos que la expresión misma de la pulsión de destrucción (autodestrucción) o pulsión de muerte.

8. ¿Qué quiere Rodrigo?

Rodrigo fue trabajando día a día para aumentar su capacidad de tolerar y digerir los sentimientos más traumáticos, para desarrollar la confianza en sí mismo, para construirse una vida propia.

Aún antes de rendir los últimos exámenes, se hizo cargo de llevar adelante una nueva inversión de su padre en el puerto fluvial de Rosario. Se instaló a vivir solo en un departamento y cree que se va a quedar allí bastante tiempo, porque el emprendimiento está pensado como un desarrollo a largo plazo.

Su compromiso dentro del grupo parroquial se fue haciendo cada vez más fuerte, trabajando con la gente humilde del barrio y en la formación de los nuevos jóvenes que se unen al equipo.

Salió con otras dos chicas, Carina primero y Guillermina después. En los dos casos se fue comprometiendo bastante, pero Carina se angustiaba y fue ella la que no quiso seguir. Con Guillermina cortó Rodrigo, le parecía que no iba a poder llevar adelante una vida como la que ella imaginaba para sí. Salió con otras, pero ninguna, al momento de narrar esta historia, llegó a tener la importancia de las anteriores.

Pese a sus progresos, a veces me transmite que desde el fondo de su ser se le filtra un residuo de inseguridad y de dudas que le ensombrecen el ánimo. No sabe si se va a radicar definitivamente en Rosario, porque viene con frecuencia a Capital y esta ciudad le gusta mucho. No sabe si el que tiene va a ser su trabajo, porque en muchos momentos se le cruza que podría dedicarse profesionalmente al servicio social. Le gustaría formar una familia, pero a veces tiene miedo de no poder.

Por su historia, esta última duda le preocupa mucho. Y honestamente cabe preguntarse: ¿qué quiere Rodrigo, qué desea realmente? ¿A quién le creemos? ¿Al que admiraba a Fermín y se prestaba a juegos homosexuales o al que trabaja para formar una familia con una mujer? ¿Toda la vida llevará dentro de sí esa dualidad?

El psicoanalista puede hacer las preguntas, pero no tiene las respuestas. Es Rodrigo el que quiere o teme encontrarlas dentro de sí. Él es dueño, él es responsable, está en él.

Una vez en tiempos de angustia dijo:

—El lunes o el martes, me puse a buscar un pibe por Internet. Pero eso es medio loco, porque me pongo a hacer algo que yo no quiero. Es como si abrieses el diario todos los días a ver qué trabajos hay, pero ya tenés uno y no querés otro. Con la diferencia que buscar trabajo no te va a hacer mal a la cabeza como me hace esto a mí.

—Yo adentro mío siento que si yo no consigo estar con una mujer, pareciera que nada va a tener sentido: ni los barcos, ni la facultad, ni el trabajo, ni mi vida en Rosario, nada va a valer, ni me va a llenar la vida si no consigo eso. No sé si va a ser así, pero lo vivo así. Por eso cuando estoy con estas rachas, no tengo ganas de nada, de trabajar, de estudiar. Se vuelve todo negativo. Y tengo esa idea de que si voy a ser puto, dejo todo, empiezo a drogarme, bienvenida la marihuana, se va todo a la mierda, no me importa nada...

Es cierto que ahora la marihuana y los pibes por internet son cosas del pasado. Pero sus dudas sobre su identidad sexual tienen fundamento. No ha logrado formar pareja y la genitalidad con las mujeres la siente como una aspiración difícil. Además, ¿qué significa que en él las compulsiones estén referidas a la

sexualidad y no lo impulsen por ejemplo a la violencia o a infligirse daños físicos, como vimos otros casos?

9. Crecer para ser libre

Hoy son tiempos en que la sociedad ha llegado, por fin, a respetar sin censura los deseos de las personas. En lo sexual, cada quien de acuerdo con su gusto, sus inclinaciones, sus intereses y su contexto, puede elegir libremente a su compañero o compañera, con la única limitación de respetar la voluntad del otro, que también debe estar en condiciones de elegir libremente.

La libertad conquistada no evita, sin embargo, los conflictos del alma. Rodrigo es un buen ejemplo. A él no le cabe ninguna duda de que su deseo *voluntario, asumido, consciente* es formar una pareja y una familia y vivir plenamente su sexualidad con una mujer. ¿Pero es eso todo lo que quiere? ¿Todo él quiere eso?

Justamente porque hay más de una voz, las que son conscientes y las que no, el psicoanalista aprendió a escucharlas a todas aunque sean incoherentes entre sí. ¿Cuál de ellas terminará imponiéndose? ¿Qué precio deberá pagar quien piense que es posible acallar así como así a las otras voces? ¿Cabe integrar –sin violencia– sentidos tan contradictorios?

¿Y concretamente, Rodrigo qué debería hacer? Imagino que quienes lo conocen deben de tener su opinión según con qué aspecto de él se vinculan o según sus propios juicios y prejuicios. Algunos le aconsejarán que siga esforzándose para alcanzar la genitalidad heterosexual a la que aspira; otros, que se anime a vivir la homosexualidad.

Pero el psicoanalista no aconseja. Y no lo hace porque

cuenta con una herramienta mejor: analizar. Y así, analizando, desmenuzando lo que nos muestra en sus contradicciones, vemos que hoy la sexualidad de Rodrigo no es todavía homo ni heterosexual. La sexualidad de Rodrigo aparece como una sexualidad no desarrollada, inhibida o inmadura. Es decir, lo que el psicoanálisis llama sexualidad polimorfa. Literalmente, que tiene muchas formas. Y el verdadero desafío es promover el desarrollo de su sexualidad hacia una forma madura que le permita lograr mejores vínculos sexuales –homo o hétero– más satisfactorios y sin tanto conflicto.

Sé que estas afirmaciones pueden resultar polémicas porque hoy en día, por lo común, no se habla de sexualidad no desarrollada. Pero el mayor argumento para hablar de inhibición o inmadurez es que la actividad sexual de Rodrigo es muy pobre y limitada, sea cual fuere el terreno en el que se exprese.

Cuando se trata de varones, el contacto físico interpersonal es mínimo, al punto que no cabe llamarlos encuentros. Son más bien cruces o roces que suelen durar menos de un minuto. Los impulsos fuertes e indomeñables pueden hacer pensar en una sexualidad vigorosa, pero al momento de la descarga son de muy corta duración: se apagan casi antes de que el fuego se encienda.

Cuando se trata de encuentro con mujeres, mucho más escasos, la duración puede ser mayor y el contexto es de vínculo, pero cuando llega el momento del encuentro físico Rodrigo está más concentrado en todas sus trabas y miedos que en el intercambio con su compañera. Y la excitación se desvanece.

Cuando recurre a la masturbación, la excitación se mantiene durante mucho tiempo, pero en él la masturbación no

tiene el papel de un juego placentero y preparatorio. Al contrario, tiene todas las características de una compulsión, que excede su decisión voluntaria y así las descargas terminan generando más penuria que satisfacción, al punto que llega a lastimarse.

Por otra parte, en el mundo psíquico de Rodrigo hay una diferencia muy grande de significados entre sus juegos sexuales con varones y la sexualidad con una mujer.

Su homosexualidad no está reprimida, al contrario, es más desinhibido para juegos homosexuales que para juegos con una mujer. Sus juegos homosexuales los vive como chiquilinas, cosas que puede hacer con otros que son tan chiquilines e inmaduros como él. No siente ningún pudor, vergüenza ni inhibición. Todos sus juegos con varones los vive como algo a lo que él puede llegar, pero para sus adentros es una sexualidad degradada, de menor valor. Como si los otros, los grandes, tuvieran una sexualidad verdadera que está fuera de su alcance.

La sexualidad con una mujer le parece, en cambio, una sexualidad con mayúsculas en dos sentidos. Por una parte, la ve como una sexualidad sublime a la que aspira pero para la cual no se siente preparado. Algo muy valioso que sólo puede ejercerse con una persona amada, y él se siente muy lejos de la posibilidad de llegar a una meta tan alta. Por otra, es una sexualidad potente, lejos de su alcance y reservada para los hombres fuertes.

Creo que este modo de enfocar el sufrimiento de Rodrigo tiene la ventaja de que nos ubica en la posición de respeto por la libertad del paciente que nuestra profesión exige.

Como ya dije nuestra tarea consistirá en promover el desarrollo, y en la medida en que Rodrigo madure y desplie-

que sus capacidades, más en condiciones va a estar para decidir qué quiere ser. Va a contar con más libertad interior para ejercer una sexualidad que, sea cual fuere, lo deje contento consigo mismo, una sexualidad que no sea un tormento sino una fuente de autoestima y satisfacción.

10. Hoy, aquí, otra vez: la tarea de elaborar

Si bien como dije el trabajo con Rodrigo debería apuntar a promover su desarrollo, el psicoanálisis no se propone objetivos concretos y directos.

El psicoanalista aprendió que la tarea de elaboración es un largo proceso. La ética le exige no forzar las cosas en ninguna dirección y el arte terapéutico le dice que, paradójicamente, va a llegar más lejos si deja de lado las metas conscientes para *ocuparse de lo que cada día el paciente le propone*.

Por todo eso *hoy, aquí*, en esta sesión, dado que surgió este recuerdo, el psicoanalista trabaja con la angustia de un chico que ruega que no le den la pelota a él. *Hoy, aquí*, trabaja con la imagen de un padre contradictorio, cariñoso y asustante. *Hoy, aquí, otra vez*, acompaña la orfandad insondable que parece sin remedio. *Ahora, aquí, otra vez*, no se asusta de la sexualidad polimorfa y espera su desarrollo. *Hoy, aquí*, ayuda a desidealizar el amor sublime para que no sea inalcanzable. Y *hoy, aquí y siempre*, busca ver qué quieren decir las cosas más allá de lo que aparece a primera vista.

Rodrigo puso su vida entera en la terapia, y lo que yo he visto es que los que ponen todo progresan. Y por eso juntos seguimos trabajando en todos los frentes. Como telón de fondo está el proyecto terapéutico —de objetivo abierto porque

siempre se puede hacer un poco más— de que siga su crecimiento, hasta que el Rodriguito lleno de *fiaca* logre llenar la armadura del adulto apuesto que camina por las calles de Rosario y Buenos Aires.